



# EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXIX

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM 11187

## PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

## REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

SÁBADO 18 DE FEBRERO DE 1899

## CONDICIONES

El precio será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Caumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

### TEATRO PRINCIPAL

FUNCION INAUGURAL A LAS 8 1/2 DE ESTA NOCHE

### DEMI-MONDE

MAÑANA DOMINGO

A las 8 1/2 de la tarde

A las 8 1/2 de la noche

El Sombbrero de Copa

La Bola de Nieve

Entre doctores

Las cuatro esquinas

FUNCION PARA EL LUNES 20

### SERAFINA LA DEVOTA

## INSISTIMOS

Y seguiremos insistiendo en hacer comprender a los no convencidos la importancia grande que han tenido siempre y mucho más ahora para Cartagena las procesiones de Semana Santa.

Que deben hacerse es incuestionable. Es cosa probada que cada vez que se han quedado en casa los procesionistas, han sufrido en sus intereses el comercio y la parte de industria que obtiene beneficios con el crecimiento temporal de la población. A más de un comerciante y a más de un industrial hemos oído lamentarse en tales casos del olvido en que dejaban los cofrades el objeto principal para que fueron creadas las cofradías.

Y no ha sido nunca de éstas la culpa, no. Las cofradías se reúnen todos los años, en tiempo oportuno, para tratar de procesiones y acuerdan sacarlas ó no, según las esperanzas que tienen respecto á la obtención del dinero necesario para cubrir los gastos. Esas cofradías llaman en su ayuda á las

personas que pueden prestársela; pero es muy corriente que no acudan, quedando aquéllas abandonadas á sus propias fuerzas, bien escasas por cierto si el bolsillo particular de los cofrades no acudiera á la postre á hacer frente al exceso de gastos.

El día que se censan los procesionistas de cosechar desengaños, en vez de auxilios, conocerán los que deben ayudar y no ayudan el mal que se hacen á sí propios. No lo conocerán este año porque los californios han decidido hacer su procesion y es probable que sigan la misma conducta los de enfrente; pero no canten victoria, porque esos últimos pueden decidir á última hora quedarse en casa, porque nada han resuelto en definitiva.

Si el comercio y la industria hicieran cuentas para apreciar las ventajas que obtienen con las fiestas de Semana Santa, verían cuanto les conviene coadyuvar á las mismas.

El hacerlas es muy sencillo.

Sin procesiones no se puede aspirar á que vengan á Cartagena las seis mil personas que vienen del

campo y de La Unión. En cambio se puede asegurar que se irán á Murcia cuatro ó cinco mil cartageneros, porque la capital les ofrece fiestas notables y las empresas ferroviarias les facilitan viaje económico.

¿Cuántos miles de duros representa la estancia de esas diez ó once mil personas?

Calcúlelo quien deba, que nosotros hacemos bastante con poner los datos y nuestra buena voluntad en este asunto.

## TIJERETAZOS

Las últimas noticias dicen que la partida levantada en Castellón no era carlista sino de cazadores.

Puede ser.

Pero es extraño que se la haya tragado la tierra y no parezca por ninguna parte.

Además, ¿cómo se llaman esos batidores de conejos?

Ni se sabe, ni se tiene noticia de lo que se ha hecho de la partida.

Lo que sí se sabe es que entre la gente liberal del Maestrazgo hay cierto pesimismo.

El corresponsal de un periódico madrileño asegura que los agentes carlistas se mueven y ofrecen dinero para formar partidas.

Y cuando el río suena....

Lo mejor de todo es prepararse contra el desbordamiento para evitar las inundaciones.

Bonito papel haríamos ante Europa si por fin de fiesta nos comiéramos los unos á los otros.

## GLORIAS NACIONALES

Las tropas españolas defienden la plaza de la Guaimara.

18 de Febrero de 1743.

En la fecha mencionada, con motivo de la guerra que sostuvo España con Inglaterra desde 1739 á 1746, á conse-

cuencia de diferencias que surgieron en asuntos comerciales, y en ocasión de hallarse España ocupada en la guerra de Italia, emprendida por Felipe V á la muerte del emperador Carlos VI para ver si podía recuperar los territorios que en otros tiempos poseía su corona en Italia, se presentó ante la plaza de la Guaira el comodoro inglés Knowles con dos navios de 70 cañones, tres de 50, un bergantín de 20 y algunos buques menores.

A causa de la fuerte resaca, los buques tuvieron que fondear á gran distancia de la misma; por lo cual el combate solo fué de artillería.

La escuadra hacía nutrido fuego y ocasionó grandes destrozos á la población, volando además el repuesto de pólvora de las baterías; los fuertes sostuvieron la lucha con valor y fortuna, ocasionando á la armada inglesa importantes quebrantos y averías.

Viendo Knowles el vigor con que fué rechazado y los daños sufridos en su gente y en sus barcos, desistió de su empresa y se retiró por la noche á Caracas.

Los ingleses tuvieron un teniente de navio y 93 hombres muertos; heridos, 308.

El comandante del «Barford», capitán Lushington, falleció también aquel mismo día, á consecuencia de haberle arrebatado una pierna una bala de cañón.

Ferdieron además casi todos los botes de sus barcos, y sólo el navio «Suffolk» recibió 146 balazos; este dato prueba la importancia del combate.

El bachiller Alonso de Zamora. (Prohibida la reproducción.)

## CUENTO DEL CARNAVAL

### LA PRESA DEL MARINO

I

—Siempre que llegan estos días de Carnestolendas, me acuerdo de un caso cómico-palermo, que me sucedió en Cádiz, allá en mis mocedades;—decía un lobo de mar á unos cuantos amigos que le acompañaban, en un café de la plaza de Mira en Amberes.

—Cuenta, cuenta,—exclamaron los compañeros, intrigados por el tono especial que había empleado el marino.

Este permaneció un momento silencioso, recopilando sus ideas; tomó un sorbo de café sibaríticamente, encendió un hermoso cigarro de la Habana, tomó una buena posición en su asiento, y arrojando una bocanada de humo, empezó su relato.

—¡Que tiempos aquellos, amigos!—exclamó dando un suspiro.—Yo tenía, en la época á que me refiero, 19 años cumplidos, y estaba hecho un buen mozo, con más fuerzas que un acorazado y más ilusiones que un estudiante.

Para mí no había penas, dolores, quebrantos ni inquietudes, todo me sonreía y me convidaba á disfrutar de este precioso mundo. En cuanto á mujeres, para mí no había ninguna imposible, si bien es verdad que hasta entonces me había dedicado á la modesta pesca de anzuelo; mujer á quien yo echaba los ojos encima, era barco á pique.

—¡Que empieza usted á hacer agua, Sr. Valentín!—le dijo un contertulio, amistosamente.

—No hay miedo, amigo. Ahora estoy bien calafateado y con una buena mano de alquitrán.

—En aquellos tiempos,—continuó,—estaba yo de non entre el bello sexo.

Yo formaba parte de la tripulación del «Intrépido», hermoso buque que surcaba los mares con la velocidad de un pájaro y la seguridad de una ballena.

Mi capitán había sido una buena embarcación en sus primeros años, pero el maldito tiempo y los temporales de la vida, que había corrido á vela desplegada, le habían avariado y aflojado las cuadernas, y el buen hombre se sostenía á flote, á fuerza de cuidados y carenas.

Sin embargo, el corazón nunca es viejo, dice el adagio, y el capitán nos dió una prueba de ello, casándose con una linda muchacha de 18 años, que necesitaba un brazo joven, entusiasta y de potente máquina, que la transportara por mares libres á la costa de la felicidad.

II

Habíamos arribado á Cádiz la víspera del Carnaval, después de un viaje largo y productivo.

La capitana se presentó á bordo, por primera vez, á saludar á su esposo, y darle la bienvenida; aunque las malas

LA PRINCESA DE LOS URSINOS 681

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 680

LA PRINCESA DE LOS URSINOS 677

—Bien; entonces nada tengo que hacer aquí: tú lo quieres, sea: en todo caso, siempre tendré lugar para vengarte.

Y Bizarro se levantó.

—Y decid, padre: ¿cómo es que estáis vos en el patinillo?

—Yo también tengo intrigas en palacio; yo también tengo una llave de la puerta de ese patinillo; pero adios: puesto que amas á Mr. de la Chaumiere, y esperas hacer de él un buen marido; sé en buen hora; pero cuenta siempre con el corazón y con el brazo de Bizarro.

Y el gitano se dirigió conmovido al balcón, se descolgó al patinillo, y salió de él murmurando:

—¡Oh! sí, sí, es incomprendible; de todo punto incomprendible: esta equivocación de la princesa nos puede costar muy cara.

—Le amo, y él me amará tanto, que será la mujer más feliz de la tierra.

—Dice bien tu madre, Azucena; dice bien: eres incomprendible.

—Porque obedezco á mi corazón; y como en la corte no se cree en el corazón, no se comprende al que le tiene, al que obedece á sus impulsos.

—Pero si amas á Mr. de la Chaumiere, dijo Bizarro, ¿por qué le tratas de una manera tan dura? ¿por qué le has dejado comprender que amas al rey?

—Para que tenga celos.

—Ese hombre no tiene celos de un amor que podría engrandecerle siendo tu marido.

—Hoy no, porque no me ama; pero me amará y enloquecerá: dejadme, dejadme hacer, padre: no os equivoquéis como se ha equivocado mi madre, y no acabéis de hacerme infeliz.

—¿Con que será necesario respetar la vida de Mr. de la Chaumiere?

—De todo punto necesario.

—¿Y te casarás con él?

—Decididamente.

—¿Y si el rey se opone?

—Aunque se oponga.

—Dependes del rey.

—El rey consentirá.

Inmediatamente Bizarro trepó por la reja al balcón del cuarto de Azucena y llamó á los cristales.

Nadie contestó.

—Cree que soy Mr. de la Chaumiere, dijo Bizarro. Y volvió á llamar con más fuerza.

Entonces se abrió violentamente el balcón, y Azucena dijo irritada:

—¿Aún estás ahí?

—No, contestó Bizarro: Mr. de la Chaumiere se aleja aturdido.

—¡Ah! ¿veis vos padre? ¿á qué venís?

—Lo he oído todo.

—¿Qué lo habéis oído todo?

—Sí, todo lo que has hablado con ese hombre desde que entró en tu aposento.

—¿Y cómo habéis sabido lo que yo no sabía, esto es, que Mr. de la Chaumiere había de venir á verme esta noche?

—Iba yo á salir del patinillo cuando oí ruido en la cerradura de la puerta; me ocalé y sentí que entraba un hombre; que aquel hombre arrojaba algo á los cristales de tu balcón; que estos se habrían; que luego un hombre subía por la reja al balcón, entraba en tu aposento y volvían á cerrarse los cristales: no sabes lo que he sufrido en estos momentos, Azu-